

Este libro pertenece a:

la
Leyenda
de
Ameyhale



La Leyenda de Ameyhale

La Princesa que le robó
La Escritura al Dios del Viento

AMPARO ESPINOSA RUGARCÍA
Ilustrado por Mariana Zúñiga Torres


DEM MAC



Primera edición, enero de 2012

La Leyenda de Ameyhale.
La Princesa que le robó La Escritura
al Dios del Viento.

Por Amparo Espinosa Rugarcía.

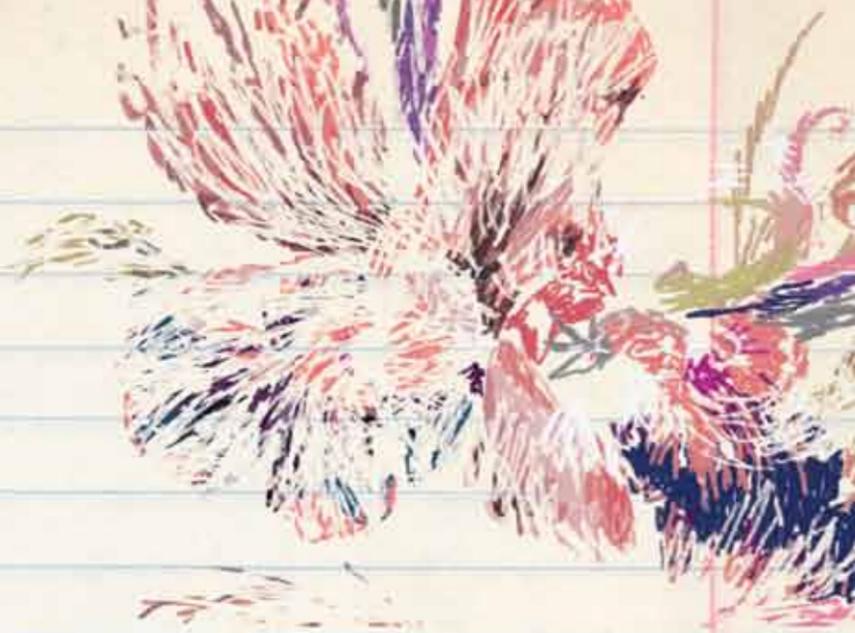
Ilustraciones: Mariana Zúñiga Torres.
Diseño Editorial: ComplottDesign
Eduardo Contreras S. y Eduardo Hache.

© Derechos reservados, primera edición,
México, 2012 por
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.
José de Teresa No. 253.
Colonia Campestre, Tlacopac,
C.P. 01040, México, D.F.
Tel. 5663 3745 / Fax 5662 5208.
correo electrónico: demac@demac.org.mx
librosdemac@demac.org.mx

Impreso en México.

ISBN: 978-607-7850-35-9

Queda prohibida la reproducción parcial o total
de esta obra por cualesquiera de los medios
—incluidos los electrónicos— sin permiso
escrito por parte de los titulares de los derechos.

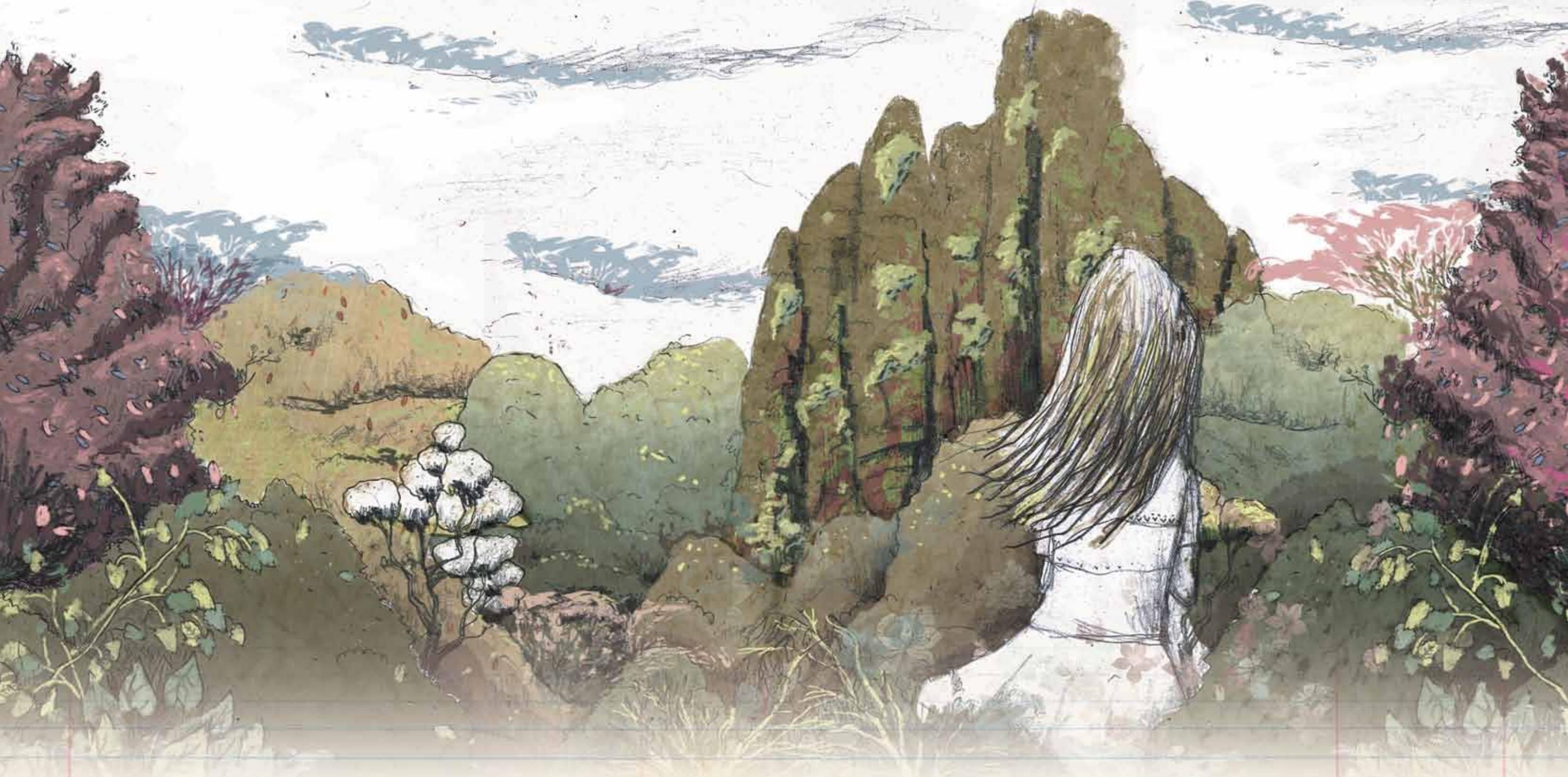


La Leyenda de Ameyhale, inspirada
en una leyenda del Tepozteco, apareció
por primera vez en la novela **Talladoras**
de Montaña (*mujeres encinta de amor*),
de la propia **Amparo Espinosa Rugarcía**,
publicada por la editorial **Diana**
en el año **1997**.





A mis nietas:
Amparo **A**lexia, **C**amila y **L**uciana
y a mi ahijada **R**egina,
futuras **T**alladoras de **P**alabras.



Hace muchos años nació en Tepoztlán una princesa llamada Ameyhale. Una princesa valiente y decidida a cambiar el mundo.

Ameyhale acostumbra pasear solitaria por las montañas del reino. Siempre que observa su pueblo desde lo alto, musita las mismas palabras.

Mis dominios nada son si no tengo La Escritura. Los hombres tienen La Escritura y conocen el antes y el después.

Por eso, sus ojos ven lo que no se ve y sus oídos oyen lo que no se oye.

En La Escritura guardan sus secretos. Sus versos alcanzan otros parajes.

La Escritura está prohibida a las mujeres y ninguna mujer se atreve a buscarla.

Mis dominios nada son si no tengo La Escritura.

A detailed illustration of a woman with long, dark, straight hair, sitting on a large, smooth rock. She is wearing a dark, patterned dress. The background is a dark, moody landscape with stylized trees and foliage in shades of purple, blue, and green. The overall atmosphere is mysterious and somber.

La desesperación hace que, un día, Ameyhale se olvide del tiempo. La noche la atrapa; debe permanecer en La Montaña en espera del alba. Es imposible volver al reino entre tanta oscuridad. Necesita encontrar un sitio en donde resguardarse y ella, que a nada le teme, comienza a sentir miedo del silencio y de las sombras. Entonces, La Montaña le habla por primera vez:

*Ameyhale, ve al río Atongo al amanecer.
Ha llegado el momento.
Enfrenta al Dios del Viento, poseedor
de La Escritura.
No destruirás al mundo. Lo transmutarás.*



La **Princesa** se estremece con estas palabras y pasa la noche entera repitiéndolas. **Enfrenta al Dios del Viento, enfrenta al Dios del Viento.** De pronto, con el primer rayo del sol, ocurre un hecho extraordinario: **Ameyhale** ve un Manto de Luciérnagas **Diurnas**, flotando por encima de su cabeza. La **Princesa** se prende de él. Va flotando hasta el río y entra desnuda en esas aguas. Ahí provoca una fuerte brisa su enemigo: El Dios del **Viento**, de quien había hablado La **Montaña**.

Ameyhale sabe que tiene que enfrentarlo. Al mirar la belleza y la valentía de La **Princesa**, él tiembla. Sus **Ojos** reverberan y de sus labios sale un suspiro. **Ameyhale** lo ha cautivado, lo tiene a su merced, es el momento. **Ella** lo sabe, pero él no. Es la oportunidad esperada por muchas generaciones de mujeres, durante muchísimos años. Ha llegado, por fin, el momento de obtener lo **prohibido**.



Ocultando sus pensamientos, encendidas sus pupilas, Ameyhale no espera más y sale del río cubierta de espuma, envuelta en Flores de Chompantle, los cabellos cobrizos y larguísimos arrastrándose por el musgo. Camina cadenciosamente hacia El Dios del Viento y le ofrece una de las flores. Él extiende su mano hasta tocar los dedos cautivantes de La Princesa. Ameyhale, entonces, la mira. Está ahí, tan cerca de ella, la prohibida Escritura. Es ahora

o nunca, piensa... Alarga el otro brazo, palpa con las uñas el don preciado. Al cabo de un instante, ella sonríe triunfal y el, arrebatado, chilla agudamente. La Princesa le ha robado La Escritura. Apartándose frenéticamente, como si hubiera sido tocado por un rayo, El Dios del Viento se yergue con los brazos en alto y, antes de desaparecer, le lanza a Ameyhale La Maldición Desesperada: *Escribirás con dolor de amores.*



Fue así como Ameyhale burló al Dios del Viento para adueñarse de La Escritura y así como El Dios del Viento castigó tan grande afrenta.

Desde tiempos inmemoriales, los dioses entregaron La Escritura a los sacerdotes con una sola condición: que no la entregaran jamás a ninguna mujer. Si una mujer usaba La Escritura, decían, nacerían Seres Almados que podrían destruir el mundo. Los sacerdotes juraron acatar la condición y le confiaron La Escritura al Dios del Viento, el mensajero que viene y va.

Pero el destino —como siempre ocurre—, tenía reservado algo más para el dios. El destino espera pacientemente hasta que, un día, Ameyhale sumergió sus pies en las aguas y escuchó por primera vez la voz de La Montaña. Sería él, El Dios del Viento, guardián de La Escritura, quien desataría la catástrofe. Sería él quien traicionara, sin querer, el juramento, dejándose robar La Escritura por la seducción de La Princesa.

Incapaz de anular la hazaña de Ameyhale, sólo pudo enturbiarla lanzándole La Maldición Desesperada. La condena cobró efecto cuando Ameyhale aún sonreía, disfrutando de su victoria.



Ameyhale no puede empezar a usar La Escritura porque una febril ansiedad se apodera de ella, empujándola a seguir al Dios del Viento.

Ella es presa de un inexplicable e inasible amor: es La Maldición Desesperada del Dios del Viento. Tras las palabras: escribirás con dolor se esconden los males de amores locos. Es el precio que ella debe pagar por la prenda sustraída.

El Dios del Viento se mueve sin rumbo y es capaz de atravesar las rendijas más finas. Necesita alcanzarlo. El afán por estar cerca de él la rebasa. No puede controlarse.

Durante muchos soles y otras tantas lluvias, a través de cañadas y planicies, ella lo persigue. Cuando cree tenerlo entre sus brazos, él está ya en otro lugar. Al paso del Dios del Viento, las raíces brotan de la superficie, los arroyos besan las nubes, las estrellas se sumergen en los mares y los corazones dejan sus pechos. La Princesa se convulsiona.



Sufre como si le arrancaran trozos del cuerpo, jirones de piel.

Nadie sabe cuánto tiempo permaneció así. Se dice que un buen día, pasadas muchas lunas, ya sin fuerzas para seguir adelante, Ameyhale desaparece envuelta en un Manto de Luciérnagas Diurnas.

Muchas estaciones después, Ameyhale reaparece en La Montaña todavía con el corazón doliente.

La Montaña la acoge con ternura; le habla al oído, a los ojos, a la piel; le habla muy quedo, muy lento, como una madre.

Ameyhale apenas escucha. Tiene el alma llagada.

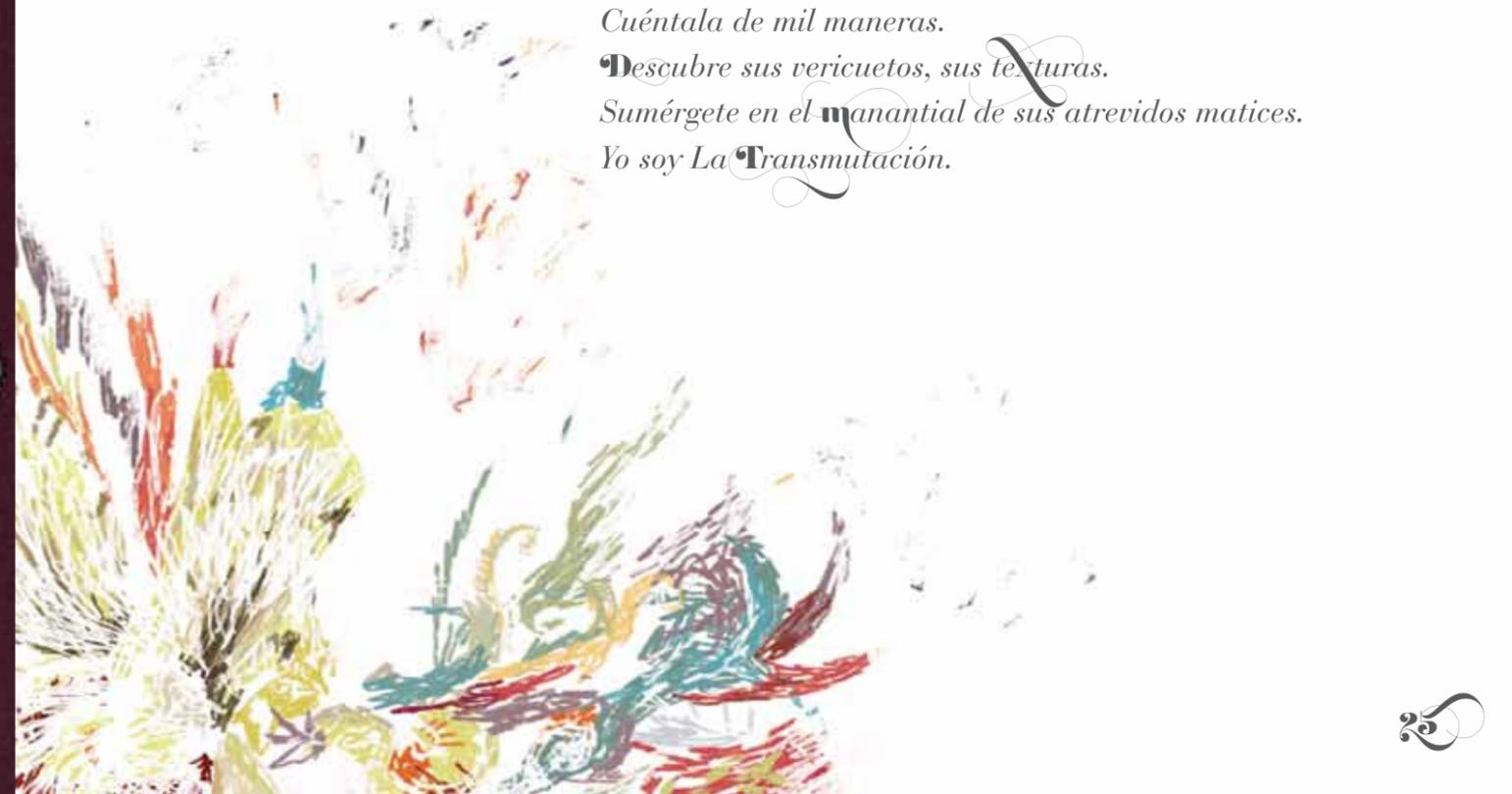
La Montaña no desiste. La colma de regalos.

En su Sabiduría sin límites, La Montaña le revela las intimidades de los ahuehuetes y de los palos de rosa, de los arroyos y de los cambios de estación; de las orquídeas y de los tulipanes; de las estrellas, de los colibríes y de los cenizontles; de las hormigas y de los abejorros; de los jaguares, de los tlacuaches y de las lagartijas. Los jilgueros le ofrecen su cantar y los chompantles sus frutos; los astros desmenuzan la eternidad ante sus ojos maravillados que se atreven a observarlos sin prisa. Generosos, La Montaña y sus pobladores le ofrecen lo necesario para caminar la vida en plenitud. Reconfortada con tales regalos, La Princesa se atreve a pronunciar estas palabras:

Le robé La Escritura al Dios del Viento.



Entonces, La Montaña responde:
Por eso estás aquí, Ameyhale.
Talla tu historia en mis Cavernas.
Tállala una, otra y otra vez.
Horádala.
Penétrala.
Repítela.
Hurga en cada uno de sus rincones.
Cuéntala de mil maneras.
Descubre sus vericuetos, sus texturas.
Sumérgete en el manantial de sus atrevidos matices.
Yo soy La Transmutación.





Guiadas por La Escritura, las manos de La Princesa comienzan a tallar en Las Cavernas de La Montaña la historia del encuentro con El Dios del Viento. Lágrimas incontenibles brotan de sus ojos. Los misterios de su cuerpo, los enigmas de su mente, los arcanos de su corazón se van descifrando frente a ella en las rocas talladas, por medio de los signos mágicos de La Escritura. Cada trazo que logra es un descubrimiento que transforma su rostro, moldea sus caderas, sus pechos, sus cabellos. Las figuras plasmadas son hebras de un hilo hasta entonces desconocido, con el que habrá de tejer la trama de su vida.

Con la sabiduría transmitida por La Montaña, Ameyhale colorea la historia que plasma en Las Cavernas. Pero La Maldición Desesperada aún pesa. La Princesa no deja de llorar. Llora tanto que sus lágrimas forman un manantial en el corazón de La Montaña. Desde entonces ese manantial es sagrado. El Manantial de los Susurros, así se le llama ahora.

Un día, transcurridas nueve estaciones, Ameyhale descubre que su dolor ha sido finalmente purificado.

Haciendo una pausa en sus tallados, busca un momento de frescura, se sienta sobre una roca al borde de su propio manantial y comienza a surcar suavemente las aguas con los dedos; de pronto, un abanico de imágenes emerge de las sorprendidas olas. Mira su rostro en el reflejo del agua. Pero no sólo está su rostro. Se reflejan también los rostros de otras mujeres, de cuyas bocas emanar voces silenciosas:

Somos historias que queremos ser contadas, ser talladas, ser escritas, le susurran a Ameyhale al oído.



Entonces, La Princesa sabe que necesita encontrar a esas mujeres. Necesita compartir con ellas su camino, invitarlas a usar La Escritura, a tallar como ella. Sus historias deben de estar juntas en Las Cavernas de La Montaña para que otras mujeres las descubran. Ésa es su verdadera misión.

Ameyhale se apresura a hacer en su pueblo un llamado vehemente y clandestino, pues conoce el peligro de manifestar abiertamente sus propósitos. Las mujeres de Tepoztlán comienzan a reunirse, por las noches, cuando todos duermen. La Hermandad de Las Talladoras de Palabras no tarda en nacer.



Ameyhale recibe a cada mujer que quiere ser Talladora de Palabras con una cuenca de Agua Cerúlea extraída de las aguas del río Atongo. Le pide que la beba sin prisa, mirando las estrellas, sintiendo cada músculo, cada célula de su cuerpo y reconociendo cada sentimiento que la asalte en el momento. Es el primer paso de La Ceremonia de las Antorchas, el ritual que marca la iniciación guiada por La Serena.

En La Ceremonia de las Antorchas, cada una de las Hermanas iniciadas en los secretos de La Escritura se reúne en el corazón de La Montaña, en torno al fuego y con una antorcha encendida en la mano.

Para darle la bienvenida a un nuevo miembro de La Hermandad, las demás Talladoras se visten de pétalos de rosa y lirios de río, se perfuman de azahares de lima y naranjo. Ameyhale le cuenta, con voz muy suave a la nueva postulante, sobre Los Seres Almados y de las vivencias que ella puede plasmar para siempre en Las Cavernas y laderas de La Montaña mediante La Escritura Cihuatzin, La Escritura en manos de mujer, sólo si su corazón es puro.

Le cuenta de Los Guijarros Parlantes, de las frases que encierran la sabiduría Semenina ancestral y del Espejo de Agua en donde se revelan los secretos de su alma de mujer, sólo si su alma es luminosa.

Finalmente, La Serena le pide que haga un primer intento y falle en La Montaña su historia.

Mientras la postulante falla, decenas de Mariposas Pañuelo revolotean por La Montaña mientras las Talladoras de Palabras juegan a atraparlas. Cuando ella termina su tallado, las demás mujeres se acercan para conocerlo. Luego se alejan unos pasos para Deliberar. Si les gusta, regresan a ella con el Anillo de Flor de Chompantle: el símbolo de que ha sido aceptada, en La Hermandad y su escrito forma parte del Manuscrito de los Manuscritos.





Pasadas algunas estaciones, las historias de las mujeres que tallan al ritmo de sus llantos son tan numerosas que van transformando el aura de La Montaña, las luces y las sombras que ahí se perfilan.

Inexplicablemente, aparecen más y más Mantos de Luciérnagas Diurnas que alumbran el paso de las iniciadas y nuevos bancos de Mariposas Pañuelo que recogen sus secretos y susurros.

Cada vez hay más mujeres con una extraña luminosidad en los dedos. Los hombres, embriagados de temor, calumnian a Ameyhale: *De sus amores con El Dios del Viento le nació un hijo y lo arrojó al río antes de que nadie la viera, dicen algunos.*

Lo dejó en un Hormiguero, hay que castigarla, dicen otros.



Otros más dicen que el niño no murió porque los lirios lo rescataron y los insectos le dieron alimento. Desde entonces, le atribuyen a ese niño todas las hazañas extraordinarias que ocurren en Tepoztlán (aunque nadie llegó nunca a verlo, con el tiempo lo llamaron Tepoztecátl).

Pero Ameyhale no escucha las habladurías. Empeñada como está en profundizar en los misterios de La Escritura, se mantiene al margen de estas liviandades.



La **H**ermandad de Las **T**alladoras de Palabras crece y crece ante el estupor de los hombres que comienzan a temerle cuando advierten que incluso los rituales tradicionales han comenzado a **c**ambiar.

El ritmo de las costumbres se ha alterado. Las mujeres se **a**usentan de sus hogares durante las noches. **N**adie sabe a dónde van ni qué hacen. **E**l aura del pueblo modifica su color. **A**meyhale y sus Hermanas persisten, a pesar del odio. No se detendrán **j**amás.

La enseñanza de **A**meyhale y el valor de Las Hermanas llega a las montañas de **S**tonehenge en **I**nglaterra y a las rocas de **F**ontainebleau en Francia; a los Cárpatos rumanos y al Marcahuasi andino. Su enseñanza reúne, a la luz de las **a**ntorchas, a todas aquellas mujeres que quieran contar su **h**istoria, sus voces brotan con fuerza, siempre, desde El **M**anantial de los Susurros. **Y** desde entonces muchas mujeres siguen reuniéndose para contar una nueva **h**istoria de mujer en Las Cavernas de La **M**ontaña. Así, ellas cambian el mundo. Así alcanzan La **T**ransmutación.

Glosario

A

Agua Cerúlea:

infusión inspiradora hecha de agua y yerbas aromáticas.

Ameyhale:

princesa del antiguo reino de Tepoztlán.

Anillo de Flor de Chompantle:

distintivo de La Hermandad de Las Talladoras de Palabras.

C

Cavernas:

interiores de La Montaña donde Ameyhale talló su historia.

Ceremonia de las Antorchas:

ritual con el que las aspirantes se integran a La Hermandad de Las Talladoras de Palabras.

D

Dios del Viento:

dios guardián de La Escritura.

E

Escritura Cihuatzin:

escritura en manos de mujer.

Espejo de Agua:

espejo de agua que nos revela qué tanto hemos indagado las mujeres en nuestra alma.

F

Flores de Chompantle:

conocidas como flores del árbol del colorín.

G

Guijarros Parlantes:

frases que encierran la sabiduría de las mujeres.

H

Hermandad de las Talladoras:

hermandad de las mujeres que se han apropiado de La Escritura.

I

Luciérnagas Diurnas:

luciérnagas que señalan el camino a Las Talladoras de Palabras.

M

Maldición Desesperada:

es el castigo que El Dios del Viento le da a Ameyhale por haberle robado La Escritura y consiste en que cuando escriba, escribirá con dolor. Esta maldición pesa

sobre todas las mujeres que se atreven a apropiarse de La Escritura.

Manantial de los Susurros:

es el manantial formado con las lágrimas derramadas por las mujeres a lo largo de la historia al vivir sus experiencias de vida. La Princesa Ameyhale les pedía a sus seguidoras que se asomaran a este manantial y eligieran una historia para contarla. Ahora Las Talladoras de Palabras se asoman al Manantial de los Susurros para elegir una historia y contarla por escrito.

Manuscrito:

textos escritos por mujeres desde su propia alma.

Manuscrito de los Manuscritos:

texto que compila las historias que las mujeres cuentan por escrito con el fin de que permanezcan y se difundan para transmutar el mundo.

Mariposas Pañuelo:

mariposas de grandes alas blancas, nativas del reino de Tepoztlán, que recogen los secretos y los susurros de Las Serenas.

Montaña:

en la leyenda de Ameyhale, La Montaña es el sitio en donde ella buscó refugio y talló su historia. Por eso La Montaña es

la metáfora que utilizan Las Talladoras de Palabras para designar su propia vida.

S

Serena:

Talladora de Palabras que inicia a otras mujeres en el camino de la apropiación de La Escritura.

Seres Almados:

todas aquellas vivencias, acciones, pensamientos y obras revolucionarios que las mujeres plasman para siempre por medio de La Escritura. Gracias al testimonio que permite La Escritura, estas vivencias, acciones, pensamientos y obras adquieren la capacidad de transformar la conciencia de otras personas e inspirarlas a transformar el mundo haciéndolo cada vez más humano.

T

Talladora de Palabras:

mujer que se atreve a contar su historia por escrito.

Tallar:

contar por escrito, una y otra vez, nuestras vivencias tanto las más dolorosas como las más placenteras.

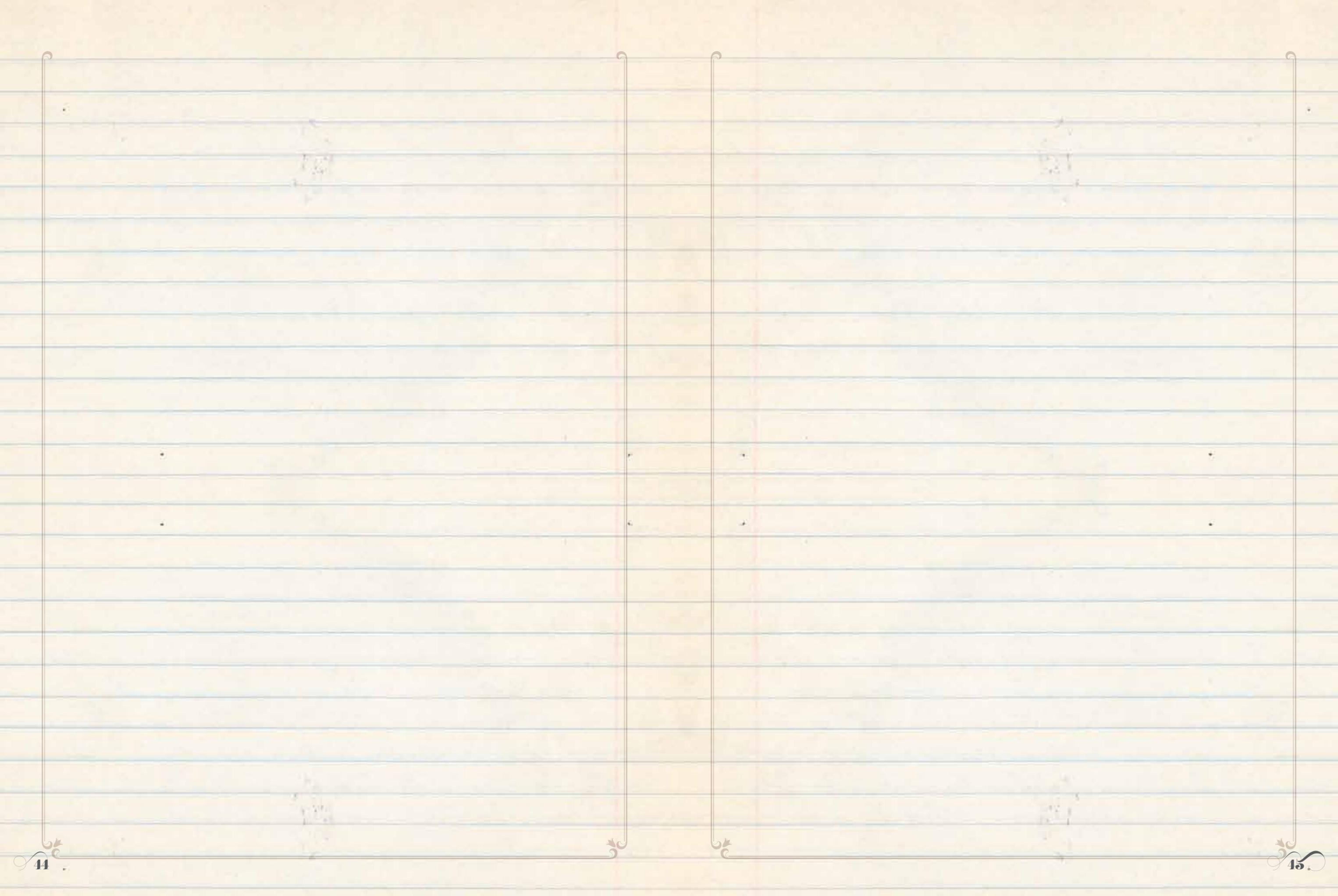
Transmutación:

cambiar desde el fondo, cambiar de raíz.

Es tu turno.

Atrévete.

Comienza a escribir tu historia en estas páginas para que se opere en Ti La Transmutación y formes parte de La Hermandad de las Talladoras de Palabras.







Graciela Enríquez Enríquez cuidó esta edición de 2000 ejemplares.

Se terminó de imprimir en enero de 2012, en el taller **Serigraphika**.
División del Norte No. 2657- 3, Colonia del Carmen,
Delegación Coyoacán, 04100, México, D.F.
serigraphika@gmail.com

En la composición se utilizaron tipos Bauer Bodoni Std 1 y Reina 12 Pro.

Editado por DEMAC